



¿Podrá Sarkozy salvar a Francia de los franceses?

(Publicado en *The Washington Post*, 20 de mayo de 2007)

George F. Will

Colaboraciones n° 1723

25 de mayo de 2007

La tarea de Sarkozy es convencer a los franceses de que la apuesta de su gobierno en representación de su seguridad y comodidad supone la labor que ellos tienen que realizar para reducir su incertidumbre.

El incendio provocado es la forma de debate político preferido por la izquierda francesa, de modo que al menos 1000 vehículos fueron incendiados por decepcionados partidarios de la candidata presidencial socialista Ségolène Royal después de que fuera derrotada 53% a 47% por Nicolas Sarkozy. La primavera pasada, los disturbios fueron el argumento económico de la izquierda cuando el gobierno propuso, y después retiró, la legislación que habría posibilitado en cierto sentido que las empresas despidiesen a los empleados más jóvenes en los dos primeros

años del empleo. La idea tras la legislación fue que era mucho más probable que los patronos contrataren trabajadores si despedirlos no fuera un experimento legal. Los gamberros eran, por supuesto, en su mayoría jóvenes.

La tasa de desempleo de Francia es del 8,7%, casi el doble que la tasa de los Estados Unidos, del 4,5%. Entre las personas por debajo de los 25 años, la cohorte que apoyó a Royal, la tasa es del 21,2%, y es probable que permanezca allí a menos que Sarkozy pueda implementar reformas que irritan a los alborotadores. Sarkozy tiene mandato de un 84% neto. Visto sin embargo a la luz parpadeante de los Peugeot en llamas, sus posibilidades de reformar de manera fundamental Francia parecen frágiles, y su idea de reforma

fundamental - sigue siendo un pro-
teccionista convencido - parece es-
cuálida. No obstante, su tentativa
merece la atención de los america-
nos porque afronta, en una forma
especialmente virulenta, un proble-
ma que se está agudizando aquí. El
problema son las contradicciones
culturales del estado del bienestar.

Hace dos décadas, el sociólogo Da-
niel Bell escribía acerca de "*las con-
tradicciones culturales del capitalismo*"
para expresar esta preocupación: el
capitalismo florece a causa de las
virtudes que su florecimiento mar-
chita. Su éxito requiere crecimiento
vigoroso, industrialización y retraso
de gratificaciones, pero ese éxito
produce abundancia, comodidad en
expansión y la emancipación de los
apetitos, todo lo cual debilita los
prerrequisitos morales del capita-
lismo. Las contradicciones culturales
de los estados del bienestar son
comparables. Tales estados dan por
sentado el dinamismo económico
para generar inversiones, creación
de empleo, beneficios corporativos e
ingresos individuales de los cuales
proceden los ingresos fiscales nece-
sarios para financiar las prestaciones
sociales. Pero los estados del bien-
estar producen en la ciudadanía una
mentalidad de derechos y un bajo
umbral del dolor. Esa mentalidad
incita el apetito de más derechos,
definidos expansivamente para in-
cluir todo tipo de prestaciones y
protecciones gubernamentales que
contribuyen al bienestar entendido
como bienestar material, seguridad
mejorada y comodidad aumentada.

El bajo umbral del dolor provoca
una alergia ruinosa a los rigores, las

inseguridades, las incertidumbres y
las discontinuidades inherentes a la
destrucción creativa propia del capi-
talismo dinámico. El crecimiento
vigoroso cobrará forma de protec-
cionismo, regulaciones y otras inefi-
cacias de imposición gubernamental
que impiden el crecimiento que ne-
cesita el estado del bienestar.

De modo que paradójicamente, los
estados del bienestar son tanto
enervantes como enérgicos - e infan-
tilizadores. Son enervantes porque
fomentan la dependencia; son enér-
gicos porque agravan una agresiva
sensación de derechos (piénsese en
los Peugeot en llamas); son infanti-
lizadores porque es infantil desear un
fin sin querer [asumir] los medios
para ese fin, y las personas que de-
sean estados del bienestar desean
cada vez más alivio de los rigores
necesarios para financiarlos.

Hace 25 años, el presidente François
Mitterrand, un socialista que había
ganado las elecciones prometiendo
"*romper la lógica del beneficio*", mante-
nía esa promesa y, en el proceso,
mataba el socialismo. Prometía un
gasto estimulador a través de dere-
chos expandidos, una semana labo-
ral corta sin salarios acortados, crea-
ción de empleo a través del gasto
público e impuestos más elevados
sobre las clases inversoras. De modo
que la productividad cayó en picado
y el desempleo se disparó - no ha
estado por debajo del 8% desde
1981. El estatismo, el inevitable efec-
to colateral de las tentativas guber-
namentales por administrar las tres
incompatibilidades ideológicas de
Francia ("*libertad, igualdad, fraterni-
dad*") continúa. Y el 47% del electo-

rado francés simplemente votó a favor de la promesa de Royal de más de ello, incluso si la tasa de crecimiento de Francia en el 2006 se encontraba por debajo de 21 de los entonces 25 miembros de la Unión Europea.

Sarkozy quiere reducir los impuestos, impuestos de sucesión incluidos, y eliminar el impuesto sobre las horas extra. Ese impuesto, junto con otros entrometidos gubernamentales que patrullan los aparcamientos de las compañías para detectar la industria antisocial, obliga a la semana laboral de 35 horas. Él quiere hacer lo que hizo Margaret Thatcher después de salir elegida en 1979 porque Gran Bretaña era reticente a ser gobernada no tanto por el parlamento como por los sindicatos. Antes incluso de que Sarkozy saliera elegido, los sindicatos del sector público - un gobierno organizado con

el fin de presionarse a sí mismo para engrosarse - amenazaba con una huelga nacional paralizante porque él se oponía a permitir que medio millón de empleados de compañías controladas por el gobierno se jubilasen antes que los empleados del sector privado y con pensiones mayores.

A lo largo de los 25 años, la izquierda francesa y algunos nacionalistas de derechas se han dedicado a atacar con saña *"el capitalismo angloamericano frío, empobrecedor y sin corazón"*, y el producto nacional bruto per cápita de Francia se ha dado de bruces del séptimo puesto en el mundo hasta el 17. La tarea de Sarkozy es convencer a los franceses de que la apuesta de su gobierno en representación de su seguridad y comodidad supone la labor que ellos tienen que realizar para reducir su incertidumbre.

© 2007, Washington Post Writers Group